

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

La Vejez: Entre el Deseo y el Fin de la Vida

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Pillón, Lara

Legajo: P-5985/4

DNI: 42926255

Docente responsable: Jambrino, Andrea

Año: 2026

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por inculcarme los valores del estudio, la dedicación y el compromiso. Por la calidez de su compañía y por nunca dejar de creer que podía lograrlo.

A mis amigas, por el apoyo incondicional. Sin su compañía, cariño y escucha, este recorrido no hubiera sido el mismo.

A quienes acompañaron la escritura de este TIF, a mis docentes y a la Universidad Nacional de Rosario que me brindaron el espacio para formarme no solo como psicóloga, sino también bajo los valores de la educación pública.

ÍNDICE

Resumen y palabras clave ……..1
Introducción ……...2
I. Envejecer y sus prejuicios ..……4
II. El deseo y sus implicancias sobre el sujeto ……....8
III. Vejez: ¿Fantasma de la adultez? ……11
Reflexiones finales ……..18
Referencias bibliográficas ……..19

RESUMEN Y PALABRAS CLAVE

El presente ensayo aborda la persistencia del deseo en la vejez y se fundamenta en la consideración de que la misma se encuentra acompañada de múltiples experiencias que implican el atravesamiento de duelos, angustia y posible sentimiento de soledad. Bajo la premisa de que tanto el envejecimiento como la vejez implican un desafío al sujeto que moviliza un trabajo de elaboración psíquica, se realiza un recorrido por las diversas teorías desarrolladas en las últimas décadas. Posteriormente, se propone un análisis sobre la mirada del Otro que recae sobre el sujeto envejecido y la dinámica del deseo desplegada durante la vejez. El ensayo se sostiene sobre una serie de interrogantes que invitan a la reflexión y concluye en la defensa de las tramas vinculares y sociales como una vía para la persistencia de un sujeto deseante que afronta la finitud innegable que lo constituye.

Palabras clave: Envejecimiento - Vejez - Deseo - Sexualidad - Tramas vinculares.

INTRODUCCIÓN

En el presente ensayo nos proponemos abordar la persistencia del deseo en la vejez, partiendo de la premisa de que este momento vital representa un desafío particular para el sujeto debido a que lo confronta con la finitud, no como una posibilidad lejana, sino como una realidad ineludible.

La trayectoria vital se despliega en una sucesión de momentos, tales como la infancia, adolescencia, adultez y vejez, pero durante esta última existe una distinción fundamental en el modo en que se habita el porvenir, ya que el sujeto se enfrenta a un futuro acotado, razón por la cual consideramos que la experiencia psíquica del envejecimiento implica una resignificación de la existencia ante la inminente finitud.

La temática propuesta no supone que el deseo deje de circular en algún momento de la vida; por el contrario, el mismo moviliza al sujeto a lo largo de toda su existencia en pos de darle sentido al enigma que lo constituye. Entonces, ¿por qué nos preguntamos por la persistencia del mismo? Este interrogante emerge de los prejuicios que rodean a la vejez y que permitieron arribar a diversas conceptualizaciones, algunas de ellas todavía vigentes y otras superadas, pero siempre en continua transformación, razón por la cual no deja de tener lugar la pregunta por la manera en que prejuiciosamente se conceptualiza y aborda al deseo en ese trayecto de la vida.

El envejecimiento está acompañado de múltiples experiencias subjetivas relacionadas a distintos eventos, tales como: la retirada del mundo laboral; la eventual aparición de enfermedades y la disminución de las capacidades vitales; el posible fallecimiento del cónyuge con su consecuente experiencia de duelo, así como también, es posible que ocurra de forma más frecuente la pérdida de otros familiares y amigos cercanos. En muchas ocasiones estas pérdidas pueden sobrecargar al sujeto y la elaboración de los duelos se transforma en una de las tareas fundamentales durante la vejez. Es ese mismo esfuerzo de tramitación lo que muchas veces dificulta que el sujeto logre sostenerse en una posición deseante frente a su propia existencia.

El ensayo será abordado desde una perspectiva psicoanalitica desde la cual comprendemos que no hay una representación inconsciente de la muerte, no hay significación que la circunscriba y suele resultar abrumador pensar en la finitud que nos invade. Sin embargo, la irrupción de lo real del cuerpo, a traves de las marcas y limitaciones fisicas, confronta al sujeto con su temporalidad de forma innegable. ¿Cómo impactan estas huellas corporales en la economía psíquica? ¿Qué ocurre cuando se vuelve innegable el paso del tiempo?

A partir de estas premisas, el escrito se orientará hacia el análisis de la relación del deseo con el cuerpo, la sexualidad y las tramas vinculares que se dibujan a lo largo

de esta trayectoria vital, las cuales comprenden no solo los vinculos amorosos, sino también los sociales, productivos y laborales.

¿Es posible sostener el deseo frente a un contexto social que frecuentemente rechaza las imágenes asociadas a la vejez? ¿Qué ocurre cuando el cuerpo deja de alinearse a los ideales sociales de belleza y productividad? ¿Puede construirse un nuevo sentido de vida en la vejez? Son algunos de los interrogantes que constituyen ejes centrales del ensayo y nos invitan a una profunda reflexión.

La elección de la modalidad de ensayo responde a la intención de problematizar las concepciones vigentes y el imaginario social que, en ocasiones, intensifican la angustia del sujeto. Asimismo, a traves de la escritura reflexiva buscaremos profundizar en la idea de que, ante la inminencia de la finitud, es el alojamiento del Otro lo que permite al sujeto sostenerse como deseante, habitar su cuerpo y preservar sus vínculos, más allá de las significaciones sociales que intentan definirlo.

I. ENVEJECER Y SUS PREJUICIOS

Como punto de partida, resulta pertinente establecer una distincion conceptual entre el envejecimiento y la vejez, ya que no aluden de forma idéntica a lo mismo. El envejecimiento refiere a un proceso que se transita a lo largo de la existencia del sujeto y la vejez, en cambio, es una construcción social que se define a partir de las significaciones que la determinan en un contexto sociocultural e histórico determinado, razón por la cual, la experiencia de ser viejo está intrínsecamente ligada al entorno en el que el sujeto está inmerso.

En este sentido, Iacub (s.f.) plantea que la mediana edad constituye un punto de inflexión donde el envejecimiento comienza a articularse de manera específica con el constructo de la vejez. En nuestra cultura, envejecer supone una transformación en múltiples niveles que abarca desde la lectura que el Otro hace del sujeto hasta las modificaciones vinculares y corporales que reconfiguran la representación que el sujeto tiene sobre sí mismo. A su vez, este proceso implica una profunda resignificación de la temporalidad, marcada por la tensión entre el tiempo transcurrido y la finitud.

Al indagar los cambios que atraviesa el sujeto en la transición de la adultez a la vejez, Aranibar (2001) expone una paradoja que se presenta en la actualidad en relación al envejecimiento de la población y del sujeto en particular: “las personas quieren y pueden vivir más años, pero la ancianidad no es una condición precisamente anhelada por la mayoría de las personas” (p.8). Esta cita revela una tensión clave: a pesar de que los avances científicos extienden la esperanza de vida, el envejecimiento no deja de implicar un desafío al sujeto que moviliza cierto trabajo de elaboración psíquica. Este proceso comienza desde la adultez y está profundamente influenciado por el imaginario y las representaciones sociales.

Este trabajo de elaboración psíquica requiere integrar las transformaciones identitarias, para lo cual se debe articular la historia del sujeto con su realidad actual. Ello implica no sólo la aceptación de los cambios corporales y funcionales del cuerpo, sino también, supone la confrontación con la propia finitud, manifestada en algunos hitos como la jubilación, la reconfiguración de los roles familiares o la posible emergencia de enfermedades. No obstante, este proceso puede verse obstaculizado cuando el imaginario social dominante ofrece representaciones extremas sobre la vejez, ya sean totalmente negativas y estereotipadas o extremadamente positivas.

Vinculado con lo anterior, resulta pertinente indagar de dónde emergen las representaciones e imaginarios que circulan en el espacio social y que influyen fuertemente en la configuración identitaria del sujeto. Fueron las ciencias sociales, principalmente la sociología, quienes se encargaron de estudiar el envejecimiento y la vejez, razón por la cual surgieron distintas perspectivas teóricas. A partir del recorrido

propuesto por Paula Aranibar (2001), por un lado podemos situar las teorías que se basan principalmente en la noción de la edad y por otro, aquellas teorías que se centran en la dimensión social. A los fines del presente escrito, realizaremos un breve recorrido por algunas de ellas para analizar ciertos prejuicios que continúan en la actualidad.

Al centrar el análisis en el eje de la edad, resulta posible afirmar que la sociedad realiza divisiones fundamentadas en la misma para determinar su esquema cultural. Esto permite trazar los modos en que se habilita al trabajo y a los usos de poder. Asimismo, esta noción, en ocasiones, funciona como una ratio que determina una serie de valoraciones que al entrelazarse al sistema social, económico y cultural, define ciertas funciones y roles especificos para cada sujeto (Iacub, 2024).

Cómo sitúan Robledo Marin y Orejuela Gomez (2020), una de las teorías que se focaliza en la edad es la de la modernización, expuesta principalmente por Donald Cowgill y Lowell Holmes en 1972. La misma anuda el aumento de la modernización social con la disminución de la valoración de los sujetos que transitan la vejez. Esta teoría recibió múltiples críticas debido a su concepción lineal sobre la globalización, así como también, por su concepción reduccionista sobre la vejez. Desde nuestra perspectiva, este enfoque revela un prejuicio propio de la Modernidad que se arrastra hasta la actualidad y que alude a que el valor del sujeto se determina en proporción directa a su capacidad productiva. Esto puede generar que el sujeto pierda el sentido que le otorgaba a su vida.

El trabajo es un organizador clave de la existencia y la identidad laboral es un aspecto central para el sujeto que durante la adultez adquiere diferentes características. En este sentido, la jubilación significa un duelo para el sujeto. Más allá de que haya sido o no anhelada, con ella se ponen en juego ciertas limitaciones a los objetivos laborales propuestos, así como también, implica cierto balance de lo que se ha logrado o no con ellos. Este es uno de los hitos que implican un momento de resignificación, ya que, al perder uno de los ejes fundamentales de la existencia, el sujeto debe reinventarse y darle lugar a otros aspectos de su vida que no están ligados a lo laboral pero que están conectados con su deseo.

Existe también otra teoría que nos interpela y aparta de la teoría de la modernización. La misma se denomina teoría del curso de la vida e introduce la noción de que la edad debe concebirse al interior de un espacio donde el sujeto está en constante interacción y movimiento (Iacub, 2024). Es decir, no implica una ruptura en el tiempo, ni el ingreso a una etapa terminal, sino que es parte de un proceso donde el sujeto continúa en diálogo con la sociedad, de la misma manera que en las trayectorias anteriores (Aranibar, 2001). Este enfoque comprende al desarrollo a partir de interacciones entre el sujeto y la sociedad, lo que implica que no es posible ubicar al sujeto sin contar con la inserción histórica y social del mismo (Iacub s.f.).

Iacub (2024) identifica algunos ejes fundamentales de esta teoría para el abordaje del envejecimiento y la vejez, de los cuales mencionaremos solo algunos. En primer lugar, propone un análisis de la trayectoria vital que trascienda el determinismo biológico y que integre las dimensiones socioculturales. En segundo lugar, también destaca la dialéctica entre continuidad y discontinuidad, donde coexisten la persistencia de algunos aspectos con la emergencia de nuevas configuraciones. Por último, sostiene que la edad y la identidad están moldeadas por la estructura social y por las normas que definen cuales deben ser los modos de vida adecuados según la edad de cada sujeto.

La teoría del curso de la vida llegó para reformular las teorías tradicionales del desarrollo por ciclos vitales (Erikson E., 1985) y aportó una concepción más fluida sobre la vida humana al incorporar el plano de la subjetividad a los factores biológicos y sociales, que tradicionalmente se abordaban desde la Gerontología. En este marco, el concepto de continuidad resulta fundamental, ya que permite analizar, en la singularidad de cada caso, cómo se sostiene la identidad frente a los cambios (aspecto que representa un envejecimiento saludable) o en qué medida su quiebre da lugar a un envejecimiento patológico (Zarebski, 2013).

En este sentido, cabe destacar que la diferencia entre un envejecimiento saludable y patológico se plantea, entre otros aspectos, por la forma en que la persona tramita psíquicamente los cambios del paso del tiempo (Zarebski, 2013). Es importante aclarar que en este ensayo centramos el análisis en aquellos sujetos que transitan un envejecimiento saludable. Al respecto, la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2015) lo define como “el proceso de fomentar y mantener la capacidad funcional que permite el bienestar en la vejez” (Zarebski, 2021, p.2). Dicha definición enfatiza la dimensión funcional y se sostiene sobre la perspectiva del curso de la vida.

Hasta el momento nos focalizamos en teorías que según Aranibar (2001) están centradas principalmente en la noción de la edad. Desde nuestra perspectiva, al momento de abordar a la vejez es imposible basarse solamente en dicha noción, porque como se mencionó previamente, la significación que se construye sobre el envejecimiento y la vejez también surge de un entrecruzamiento de factores, ideas, representaciones y prescripciones sociales. En este sentido, el otro eje que nos permite agrupar algunas de las teorías es el de la dimensión social, donde es posible situar tanto a la teoría de la desvinculación como a su contracara, la teoría de la actividad.

Bajo el dominio del paradigma funcionalista y conductista, surge en 1961 la teoría de la desvinculación, representada por Cumming y Henry, quienes situaron que durante la vejez se produce una disminución de los contactos sociales, lo cual genera un detrimento gradual de la interacción con lo social (Iacub, 2024). Sitúan que ello resulta ser un proceso lógico y universal de adaptación a las nuevas circunstancias vitales, así como

también, un aspecto que favorece al sistema socioeconómico, ya que al apartarse de sus roles sociales, se le abre paso a las nuevas generaciones y le permite al sujeto prepararse para su muerte.

Si bien fue el primer intento de explicar el proceso del envejecimiento y de la vejez en interacción con lo social, esta teoría recibió múltiples críticas porque terminó de excluir a este grupo social solo por pertenecer a un rango etario. A nuestro parecer, naturaliza la exclusión social como si fuera un proceso biológico y esperable. Incluso, esta idea de "preparación para la muerte" parece significar una especie de abandono de la condición de sujeto deseante y del lazo con el otro, lo cual podría llevar a cierto sentimiento de soledad.

A modo de contrapartida, surgió la teoría de la actividad (1953) centrada en el papel que cumplen las ocupaciones a lo largo de la existencia. Ser un sujeto activo nunca deja de ser necesario para lograr un envejecimiento satisfactorio. Es decir, esta teoría sitúa la importancia de mantenerse vinculado a lo social así como también la posibilidad de sustituir los antiguos roles por unos nuevos que se ajusten a los cambios asociados con la edad (Iacub, 2024). De hecho, Zarebski (2013) remarca que interactuar con otros también provee mayor destreza cognitiva, porque hay una correspondencia entre la red interna neurólogica y la red de vínculos. Asegura que lo social y lo cognitivo se coproducen, son dos caras de una misma moneda.

De todas formas, este enfoque también esconde un imperativo de época y que puede resultar perjudicial: el mandato de mantenerse activo, como lo único que permite un envejecimiento exitoso. Esta premisa recae nuevamente en una lógica individualizante y culpabilizadora para aquellos que no lo logran. Dicha lógica, con sus ideales positivos, a menudo termina por negar la vejez al obligarla a imitar los ideales de la juventud y adultez, lo cual puede generar malestar en quienes no lo logran o no desean cumplir con ese mandato.

Este recorrido teórico nos permitió indagar algunos de los orígenes de los prejuicios que recaen sobre la vejez y que se arrastran hasta la actualidad no sin perder de vista que, más alla de estas teorías, la vejez también se encuentra atravesada por multiples dimensiones como la clase social, la perspectiva de género, el nivel educativo y el contexto socioeconómico, que determinan diferentes formas de envejecimiento e impiden que exista una forma unívoca de transitarlo.

El imaginario social muchas veces dificulta la elaboración de los duelos inherentes a la vejez y al envejecimiento, reprime la expresión del deseo que no va de la mano con la productividad, así como también, intenta negar (con su lógica mercantilizadora y patologizante) al cuerpo que muestra las marcas del paso del tiempo, aspecto que retomaremos en los próximos apartados. El desafío es poder situar a la vejez como un

momento de la trayectoria vital con sus propias características, sus propios saberes y sus propias formas de desear y habitar el cuerpo en transformación.

II. EL DESEO Y SUS IMPLICANCIAS SOBRE EL SUJETO

Una vez indagadas algunas de las dimensiones que recaen sobre la vejez y el envejecimiento, cobra especial relevancia el interrogante planteado por Iacub (2024): ¿De qué modo se presenta el sujeto frente al deseo del otro cuando los ideales sociales rechazan ciertas imágenes de la edad? (p. 148).

Arribada la vejez, ¿todo es pérdida? ¿Cómo se articula el deseo durante la vejez, dado que su horizonte temporal es objetivamente más corto? Y, en consecuencia, ¿cómo habitarla sin que la propia finitud tiña de angustia el presente? Ante estos interrogantes, consideramos oportuno introducir un breve recorrido sobre la noción de deseo para luego desentrañar sus aristas en relación con el cuerpo, la sexualidad y las tramas vinculares a lo largo de la vejez.

En el *Seminario 10: La angustia* (1962-63) Lacan remarca: “el deseo del hombre es el deseo del Otro” (p.31), afirmación que retoma de su lectura de Hegel. Habituados en su enseñanza, Lacan sitúa algunas diferencias con respecto a la postura del filósofo, debido a que ese otro en Hegel “es el otro que me ve” mientras que para Lacan el Otro está allí como inconsciencia.

El otro en Hegel no está barrado o en falta. Sin embargo, es precisamente esa falta la que posibilita la constitución del sujeto desde un punto de indeterminación. Por el contrario, el otro hegeliano es aquel que ve, reconoce, determina linealmente y solo puede reconocer al sujeto como objeto. Lacan, en cambio, sitúa a un Otro barrado, marcado por un enigma o vacío que permite la emergencia del sujeto. En el *Seminario 10*, se establece que allí donde hay un vacío en el Otro, el sujeto ubica una imagen y una lectura de lo que a ese Otro le falta, lo cual le permite construir su fantasma que obtura la falta del Otro y ademas funciona como sostén del deseo (Lacan, 1962-63/2006).

Asimismo, esta noción de deseo fue articulada previamente por Lacan en *Escritos II*, en el apartado llamado “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (1960/2009). A los fines de nuestro ensayo, es pertinente retomar el concepto de nesciencia con respecto al propio deseo, es decir, la ignorancia absoluta en relación al mismo. En este sentido que “el deseo sea el deseo del Otro” indica que es a ese Otro, más allá de la demanda, al que se le solicita el “oráculo” sobre el propio deseo. Sin embargo, este no responderá. Por consiguiente, “el deseo es el deseo del Otro” porque nunca se desean objetos, sino un lugar en la mirada de ese Otro.

Ahora bien, en ocasiones la mirada del Otro no ubica al sujeto como sujeto de deseo, razón por la cual surge un interrogante fundamental: ¿En qué medida la mirada del Otro puede operar una muerte subjetiva? Si el sujeto desea ser deseado, encontrar un lugar en la mirada de ese Otro, ¿qué ocurre en la vejez? donde el sujeto puede encontrarse con un Otro que ya no lo ubica como sujeto de deseo, sino como objeto de cuidados o, incluso, de desecho. Aquí radica una de las mayores encrucijadas de la vejez: la caída de la imagen especular y la pérdida de determinados roles (como la productividad laboral y potencia sexual reproductiva) pueden sumir al sujeto en una profunda angustia en caso de no lograr una resignificación de su posición.

Desde la perspectiva psicoanalítica el sujeto no puede definirse por fuera del Otro y de la falta estructurante. Dicha falta es el motor que lo impulsa a posicionarse frente a su existencia de determinada manera, a formar parte de la cultura y relacionarse con los demás. Fernández Durán y Urriolagoitia (2019) afirman que el deseo es una barrera contra la pulsión de muerte y permite que la falta adquiera una dimension funcional durante la trayectoria vital. Gracias a la circulación del deseo el sujeto se moviliza en pos de darle sentido a lo enigmático que lo constituye. Asimismo, esa búsqueda y movilización incesante también le sirve de soporte a la angustia que implica no poder satisfacerlo. Por consiguiente, a lo largo de su existencia el sujeto intenta cubrir esa falta que es imposible de colmar: se vincula con otros, proyecta, se enamora y trabaja, siempre en relación con un futuro donde la finitud se percibe como algo lejano.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando ese futuro se vuelve inminente finitud? Durante la vejez, ¿se jubila también el deseo?

Es inevitable considerar que el tiempo hace sus estragos y la dimensión del mismo toma otro sesgo durante este momento vital; el futuro se acorta y el tiempo vivido se torna irreversible. Así como también, la imagen que devuelve el espejo ya no coincide con los ideales bregados por la cultura, razón por la cual el sujeto debe duelar el cuerpo al que estaba habituado y sobre el cual sostenía su identidad. En consonancia con ello situamos:

> (...) en el curso de la vida, el sujeto está expuesto a ciertas pérdidas contingentes, pero es especialmente en la etapa de la vejez cuando se produce un cúmulo de pérdidas que ya no pueden ser consideradas como una contingencia, sino que tienen un carácter estructural o irremediable. Comenzando por la pérdida de la belleza corporal. (Lopez, R. (s.f.) p.1)

Ante lo expuesto, nos preguntamos: ¿es posible sostener la apuesta por el deseo cuando el horizonte temporal se estrecha y empieza a visualizarse en el cuerpo? El

encuentro con la propia imagen envejecida puede despertar sentimientos de perplejidad o tristeza, generando cierta resistencia ante los cambios biológicos. Zarebski (2013) propone que para integrar estas transformaciones de manera saludable, es necesario contar con una personalidad flexible que permita procesar este devenir. No obstante, este trabajo subjetivo choca con el mandato de la cultura occidental contemporánea, que a través de un discurso “anti-age” nos empuja a renegar del paso del tiempo. Frente a esta imposición, la autora remarca que se vuelve necesario adoptar una postura “pro-age” que, en lugar de combatir el envejecimiento, propicie una reconciliación con el propio proceso vital. Por otra parte, a partir del planteamiento de Suaya (2015), podemos situar otra de las aristas:

> Se encuentra cierto vacío tanto desde el punto de vista teórico como en materia de atención clínica que se haya especializado en los procesos de transición a la vejez. Y en lo particular en lo relativo a una de los mayores cambios que acontecen durante este periodo: la jubilación. Cuando un proyecto de vida ha sido construido en relación al empleo, la finalización de esta etapa suele ir asociada con una pérdida del sentido de la vida. La lógica del mercado laboral contemporáneo desplaza al viejo como un sujeto socialmente improductivo, considerándolo como no apto para la realización adecuada de su actividad y desconociendo la maestría práctica que los empleados viejos tienen respecto de su trabajo. (pp .622-623)

¿Qué queda del sujeto cuando cae su ropaje profesional por el cual brega el discurso capitalista? Como se mencionó previamente, la identidad laboral, pilar durante la vida adulta, se ve interpelada ante el advenimiento de la jubilación; hito que no implica solo el cese de una actividad productiva, sino que puede precipitar un duelo profundo ante la pérdida del lugar que el sujeto ocupaba ante la mirada del Otro.

En cierta medida estos aspectos indican que la vejez está atravesada por el duelo, el cual no se agota exclusivamente en la pérdida de seres queridos o cercanos, donde se puede reflejar la propia finitud, sino que se extiende también a la necesidad de retirar la libido de aquellos objetos, roles e imágenes de sí mismo que se perdieron tras el paso del tiempo. Ante este escenario nos preguntamos: ¿existen condiciones que permitan al sujeto resignificar estas pérdidas para orientar su deseo hacia nuevas metas? Asimismo, ¿existen estrategias preventivas que permitan afrontar la angustia que pueden implicar estas pérdidas inherentes a la vejez?

Por otro lado, como cualquier otra trayectoria vital, la vejez está atravesada por una reconfiguración identitaria. Iacub (s.f.) remarca que el sujeto se ocupa de constituir

una trama que lo defina a lo largo del tiempo y le permita constituir cierto sentido de mismidad y unidad, que le otorgue continuidad y coherencia para poder situarse en un contexto específico durante su desarrollo vital. Desde una perspectiva psicoanalítica, sitúa:

> Lacan destacará la pregnancia del otro en toda elucubración de la propia identidad. El mero acto de mirarnos, desde el esquema básico del espejo, es situarnos en relación a un Otro que nos brinda significados. Este Otro, al cual Lacan escribe con mayúsculas por el nivel de determinación que tiene sobre el sujeto, incidirá permanentemente en nuestras autopercepciones y autoconceptos. (Iacub, s.f., p.12)

A partir de lo mencionado, podemos conjeturar que estas transformaciones producidas durante el envejecimiento y vejez, ya sean a nivel corporal, psicológico o socioeconómico, pueden generar cambios en la lectura que realiza el sujeto sobre su identidad, lo cual pone en cuestión al sí mismo y puede aumentar las inseguridades, aspecto que demanda nuevas formas de adaptación o modificación de proyectos (Iacub, s.f.). Es posible que la reconfiguración identitaria, junto con la persistencia del deseo a lo largo del curso vital, no suponga una negación de la finitud, sino una vía para su tramitación. Desde esta perspectiva, el deseo permite que la falta no se reduzca al vacío o a la melancolía por lo perdido, sino que se constituya como un espacio de apertura para la emergencia de lo nuevo a pesar del paso del tiempo.

III. VEJEZ, ¿FANTASMA DE LA ADULTEZ?

Tal como mencionamos anteriormente, la persistencia del deseo en la vejez admite múltiples dimensiones de análisis, razón por la cual, en este último apartado se abordará su vinculación con el cuerpo, la sexualidad y las configuraciones vinculares tramadas durante la vejez que implican una reconfiguración identitaria.

La dimensión corporal constituye un eje fundamental para abordar algunos de los procesos subjetivos que ocurren en este momento de la trayectoria vital. Durante la vejez, se resignifica la existencia a partir de constatar las limitaciones físicas y la transformación de la apariencia. Dicha resignificación implica procesar la disminución de los niveles de energía y la alteración de capacidades funcionales, factores que demandan una reestructuración de la identidad.

Nuestra indagación sobre el cuerpo comenzará por la adultez aunque, tal como señala Iacub (2024), el cuestionamiento sobre el mismo no inicia en este momento de la

vida, pero es indudable que es ahí cuando se intensifican y se hacen palpables una serie de cambios asociados al envejecimiento.

En el apartado denominado “Envejecer y sus prejuicios” argumentamos que, si bien el avance de la ciencia y la tecnología ha favorecido al incremento de la esperanza de vida, la ancianidad no es una condición deseada. Se trata, en cambio, de un momento en la trayectoria vital que configura una paradoja: se desea y se puede vivir más años, pero no se quiere ver al cuerpo marcado por el paso del tiempo. Principalmente no se soporta la mirada del Otro sobre el cuerpo que no responde al ideal de época. A partir de ello, nos interrogamos qué lugar ocupa el cuerpo envejecido en lo social y desde dónde es observado, cuál es el imaginario que persiste en la sociedad actual en relación al cuerpo y cómo afecta al sujeto que envejece y atraviesa la adultez.

En consecuencia, consideramos pertinente retomar lo planteado por Iacub (2024):

> (...) La edad biológica, en tanto afecta la apariencia física, es un tema relevante para las personas de mediana edad. Las representaciones sociales y los modelos culturales del cuerpo en la cultura occidental se encuentran fuertemente afectados por la economía de mercado. (p.59)

Desde los comienzos de la civilización el temor a la muerte es un tema consustancial a los sujetos, razón por la cual se lo ha abordado de diferentes maneras. En nuestro contexto actual, tomado por el capitalismo y el individualismo, se aborda al envejecimiento desde la lógica del consumo, bajo los ideales y promesas de la eterna juventud (Lopez Cantos, 2016). En este sentido, Iacub (2024) sitúa que desde el siglo XIX se puede indagar que, en el campo de la medicina y de las ciencias biológicas, surgió la necesidad de “solucionar” las enfermedades asociadas a la vejez para evitar los signos del envejecimiento y “alargar” la vida a partir de las nuevas tecnologías.

¿Qué es lo que se promueve desde esta lógica en torno al cuerpo y a la belleza que le atañe? Este interrogante surge porque, si bien los discursos publicitarios interpelan la dimension subjetiva, no debe dejarse de lado que el envejecimiento no solo afecta al ser del sujeto, sino también a su apariencia y visibilidad. Es por esto, que desde la lógica del mercado y del consumo se promueve tapar todo aquello que significa la vejez en el cuerpo, por lo cual existen productos de todo tipo, desde aquellos dirigidos a la movilidad, hasta aquellos que se dirigen a tapar sus marcas. Todos en pos de cubrir la variedad de aristas que implica la vejez.

Se divulgan ideales de belleza y de eterna juventud, aspecto que remite a interrogarnos cómo es posible que estos ideales capturen a la subjetividad y operen una suerte de desmentida frente a la evidencia ineludible de la finitud. Quizás, una de las

razones por las que el sujeto se amarra a esos ideales, sea para defenderse de la angustia que genera la muerte y que empieza a hacerse visible en el cuerpo, aspecto al cual se enlaza el mercado y produce un discurso ilusorio pero tranquilizador. Si el envejecimiento enfrenta al sujeto con la castración y la incompletud, una forma de tapar la angustia puede ser a través de la ilusión de eterna juventud que aporta la ciencia. Si nunca se envejece, nunca se muere.

Ahora bien, lo ocurrido a nivel corporal resuena en el psiquismo y la respuesta subjetiva al envejecimiento, en cierta medida, depende de los recursos psíquicos con los que cuente cada sujeto y de la relación que mantenga con los ideales de la época y el contexto en el que habita. En este sentido, consideramos que una de las principales dificultades actuales está ligada al poder con el que cuenta el discurso capitalista sobre la subjetividad que, a traves de sus discursos, sitúa al envejecimiento como una patología, razón por la cual se asocian los cambios corporales a síntomas que indican cierta decadencia del cuerpo y de su aspecto físico, lo que lleva a percibirlos como algo a evitar u ocultar, en lugar de aceptarlos como parte de un proceso natural.

Podríamos conjeturar que actualmente el rechazo a lo viejo es un síntoma social perteneciente a una cultura que brega por lo joven, lo nuevo, lo bello y lo veloz. En consecuencia, estos atributos se convierten en significantes que gobiernan a los sujetos desde el lugar del Otro. Es decir, en ocasiones recae sobre el envejecimiento cierta desesperación y negación, a diferencia de otras culturas y momentos históricos donde lo viejo se asociaba a lo sabio y a cierto carácter de autoridad.

A partir de lo trabajado, surgen los siguientes interrogantes: ¿De qué manera interpela la caída de la imagen fálica a la posición del sujeto frente a un Otro, que solo demanda objetos de consumo siempre nuevos? ¿Qué ocurre cuando el cuerpo deja de alinearse a los ideales sociales de belleza? ¿Cómo impacta la negación del cuerpo envejecido en las tramas vinculares y sexuales durante la vejez? Al respecto, Iacub (2023) remarca:

> La sexualidad y el amor es otro de los grandes desafíos, ya que aparece una condena social que mira críticamente esta posibilidad de seguir deseando y enamorándose. Particularmente en las mujeres esta posibilidad ha sido más criticada, ya que parecía que el deseo se extinguía con la edad o solo iba asociado al amor. (p. 1)

Según afirma Amico (2009) tradicionalmente se asociaba el fin de la edad reproductiva (menopausia y andropausia) con la desaparición del deseo sexual, debido a la primacía de la perspectiva que limitaba la sexualidad a la procreación. A pesar de que

quienes actualmente transitan la vejez crecieron bajo este paradigma, hoy en día existe una progresiva evolución cultural y se reconoce que la actividad sexual en la vejez no tiene fines biológicos, sino que puede fundamentarse en la búsqueda de afecto, placer y conexión emocional.

En pos de realizar una crítica y analizar esta variante de la temática, Simone de Beauvoir retoma a Freud para repensar la sexualidad de una manera más amplia. Asegura que si la finalidad es el placer entonces el "viejo" puede encontrar caminos auxiliares sin que ello implique un goce genital o perverso (Iacub, s.f.). A su vez, Iacub (s.f.) remarca: "El posicionamiento erótico masculino y femenino en la vejez era difícilmente representable, ya que la desacreditación social de dichas posiciones limitaba el acceso a desear y ser deseado" (p.127).

Desde el psicoanálisis entendemos que la identidad del sujeto no es biológica, sino que, en gran medida, se constituye a partir de la dimensión sexual. Además, la existencia del sujeto está determinada por su vínculo con el deseo. Tal como se planteó previamente, el psicoanálisis nos enseña que el verdadero motor es la falta y en este sentido podría situarse que el sujeto se vuelve deseable cuando logra despertar un vacío en el otro. Esto explica por qué los estándares de belleza actuales o el proceso del envejecimiento dificultan que algunos sujetos se puedan percibir a sí mismos como sujetos de deseo (Iacub, s.f.).

La sexualidad implica un campo de posibilidades infinitas que trascienden a la genitalidad. Por ello, nos preguntamos: ¿es posible que en la vejez la sexualidad se reinvente a través de la erótica de la ternura, el reconocimiento mutuo y el placer del contacto? De hecho, Iacub (s.f.) retoma lo planteado por Mannoni (1992) quien entiende que el deseo sólo se encuentra limitado cuando el sujeto no tiene un lugar en la mirada del Otro, razón por la cual, si este lugar se restablece podrían aparecer otras vías del deseo.

Si se logra romper con el prejuicio de la asexualidad durante la vejez, el deseo podría encontrar nuevas formas de expresarse, porque entendemos que la sexualidad no queda agotada con la decadencia de la respuesta orgánica, sino que se abre a múltiples vías, razón por la cual, el envejecimiento puede ser visto como una liberación de la productividad genital que da lugar a otro tipo de disfrute que podría estar centrado en la calidad del encuentro subjetivo, antes que en el rendimiento del cuerpo.

A este respecto, resulta factible retomar los resultados de la investigación cualitativa de Silvana Baró et al. (2025) titulada *Subjetividades vinculares, más allá del amor romántico: Relatos de una nueva adultez.* El estudio realizado en la ciudad de Buenos Aires tuvo como propósito explorar los vínculos de pareja y la sexualidad en la mediana edad y adultos mayores. Para ello, se utilizó una estrategia de estudio de caso y

se realizaron dos grupos focales y entrevistas a 13 personas de entre 50 y 70 años, con el objetivo de reconocer las nuevas modalidades de pareja en la mediana edad y en los adultos mayores.

Antes de analizar algunos de los resultados, es importante recordar que en el presente ensayo comprendemos que la vejez no se circunscribe a un criterio cronológico específico. Por el contrario, la abordamos como una construcción social y un posicionamiento subjetivo ante el proceso del envejecimiento. Por este motivo, comprendemos que tampoco existen factores biologicos o funcionales univocos que permitan dar cuenta del comienzo y el final de la mediana edad. Las reglas sociales, psicológicas y culturales que atraviesan a los sujetos son factores que imposibilitan establecer una edad exacta para circunscribirla. De todas maneras, más allá de que los límites etarios son borrosos, una forma de considerarla es como la antesala a las pérdidas que se asocian a la vejez.

Aclarada nuestra postura, es posible adentrarse en algunos puntos de la investigación. Los resultados de la misma sugieren que con el transcurso del tiempo los vínculos sentimentales tienden a transformar sus prioridades y se anteponen la reciprocidad y el cuidado mutuo antes que la urgencia sexual o pasional desde el punto de vista genital. Asimismo, también sitúan que se han encontrado nuevas formas de vínculos, más flexibles, ya que observan modalidades emergentes donde los sujetos pueden reconocerse como una pareja sin compartir domicilio. Y, en relación al erotismo en la pareja, los resultados encontrados concuerdan con priorizar ciertos sentimientos tales como la comunicación y el compartir con el otro.

Estos aspectos nos invitan a pensar en las experiencias amorosas, sexuales y vinculares como experiencias claves a la hora de reconfigurar la identidad durante el envejecimiento, en pos de sostenerse como sujeto de deseo. Tal como sitúa Amico (2009):

> La sexualidad es algo que existe desde que el ser humano nace hasta que muere y, a pesar de las modificaciones que va teniendo a lo largo del tiempo, la necesidad de estar con el otro es algo que puede darse placenteramente en cualquier momento de la vida. (p. 21)

De todas formas, al momento de indagar sobre las tramas vinculares y sexuales durante la vejez, no es posible dejar de lado que la viudez tiende a ser un hito que se presenta con mayor frecuencia en este trayecto de la vida. Por esta razón, las tramas vinculares, sexuales y amorosas, no solo están aparejadas a cambios asociados al cuerpo, sino también, a modificaciones que surgen como consecuencia de este

acontecimiento. La viudez implica el atravesamiento por un proceso de duelo y reconfiguración identitaria que muchas veces trae aparejado el sentimiento de soledad y aislamiento (Montes de Oca Zavala, 2011). En la experiencia de la viudez, resulta innegable que la interacción social y el ejercicio de la sexualidad quedan relegados. No obstante, esto no impide que, tras la elaboración del duelo, el sujeto logre dar paso nuevamente al deseo de entablar nuevos vínculos.

Consideramos que lejos de representar un cierre, la vejez podría situarse como una oportunidad de reinvención subjetiva. Es por ello, que en cuanto a la sexualidad y configuraciones vinculares, no dejamos de remarcar la posibilidad de vincularse de una forma no limitada exclusivamente al contacto físico o genital. Comprendemos que el psicoanálisis amplía la construcción de lo erótico a partir de considerar cierta diferencia entre las nociones de sexualidad y genitalidad, lo cual afecta intimamente a los vinculos y encuentros entre los sujetos, más allá del momento vital que se atraviese. Bajo esta perspectiva, en algunos sujetos, ejercer la sexualidad se convierte en una herramienta para promover un envejecimiento positivo y funciona como un espacio donde pueden reafirmar su identidad, su capacidad de decisión y su derecho al disfrute (Baró et al., 2025).

En consonancia con ello, Amico (2009) sitúa: “El vínculo amoroso establece un espacio de encuentro íntimo que no envejece” (p. 21). Esta afirmación implica una apuesta a no infantilizar al sujeto envejecido. Por esta razón, los vínculos amorosos durante la vejez pueden abordarse como una instancia de apertura psíquica y de proyección hacia un porvenir compartido.

Sin embargo, no debe olvidarse que este proceso no ocurre en el vacío, sino que se encuentra en tensión con un imaginario social que suele despojar de sexualidad y vitalidad a la vejez. Por este motivo, no dejamos de interrogarnos por la manera en que las representaciones sociales actuan como dispositivos de control sobre el sujeto, su cuerpo, su sexualidad, su deseo y sus tramas vinculares.

En el transcurso del ensayo hemos planteado que el cuerpo siempre está atravesado por las significaciones del Otro, así como también por los discursos sociales, culturales y económicos. Estos se encuentran marcados por un ideal de época que determina ciertas formas de moldear la corporalidad; aspecto que no es ajeno a las tramas vinculares y sociales en las que están inmersos los sujetos que transitan la vejez.

A modo de cierre, cobran especial relevancia los planteos que realiza Iacub (2024) en torno a las formas que toma el amor y las tramas vinculares durante este trayecto vital. El autor sitúa que la compañía es una forma de articular el vacío que empieza a hacerse cada vez más amplio, ya que la finitud se refleja no solo en el cuerpo, sino también, en la pérdidas que rodean al sujeto. Asimismo, menciona que la preocupación por el otro y la

idea de un amor menos narcisista son factores que sirven como generadores de lazos. Incluso, la formación de nuevas parejas durante la vejez, parece responder a los ideales de autonomía y actividad previamente analizados. Es decir, el amor y la compañía se presentan como una posibilidad de enfrentar el imaginario social que, con frecuencia, circunscribe la vejez a un rol solitario, pasivo, asexuado e improductivo, donde la sexualidad queda relegada por los prejuicios que determinan lo adecuado para un cuerpo envejecido.

A pesar de que la finitud es un horizonte innegable, el deseo nunca deja de funcionar como un eje que permite habitar el sin sentido de la existencia. Lejos de una posición pasiva, la cercanía al fin de la vida puede convertirse en una apuesta por habitar el propio cuerpo y los lazos con los otros, más alla de las significaciones que nos definen. Por todos estos motivos, en este ensayo reivindicamos los vínculos y la inserción social durante la vejez y rechazamos su infantilización; asimismo, apostamos por el deseo como una vía hacia la apertura psíquica y proyección hacia un porvenir placentero.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo del ensayo analizamos la complejidad que implica la experiencia del envejecimiento y la vejez. Nuestra premisa fundamental sostiene que este trayecto del curso vital implica un desafío subjetivo muy grande pero que el deseo no deja de ser el motor para la existencia. La vejez no representa un cierre pulsional, sino un trayecto que demanda un arduo trabajo de elaboración psíquica frente a los duelos y la inminencia de la finitud.

Hemos analizado que las significaciones construidas sobre los sujetos que atraviesan la vejez operan como moldes que condicionan su constitución subjetiva, siendo este un proceso que no es neutro, dado que responde a distintos factores. El envejecimiento está acompañado de múltiples experiencias subjetivas que no están exentas de pérdidas, angustia y sentimientos de soledad. El problema radica en que el imaginario social muchas veces dificulta la elaboración de los duelos inherentes a la vejez y al envejecimiento. Así como también, reprime la expresión del deseo que no va de la mano con la productividad e intenta negar al cuerpo que muestra las marcas del paso del tiempo.

Asimismo, el análisis de las tramas vinculares y la sexualidad resultaron claves para validar nuestra hipótesis. Las perspectivas de los autores abordados en este ensayo nos permitieron sostener que las tramas vinculares, emocionales y sociales durante la vejez son muy importantes para sostener un envejecimiento saludable. Estos vínculos no son accesorios, sino que operan como un soporte indispensable para que el sujeto pueda sostenerse como deseante frente a la inminente finitud.

A partir del recorrido realizado durante el presente ensayo, persiste la postura de que la vejez, lejos de ser un momento de silencio pulsional, se sostiene sobre la tensión que implica la inmminencia de la finitud y la insitencia del deseo. Es por ello que consideramos que la posibilidad de sostener o crear nuevos vinculos es una forma de encontrar un soporte a la existencia, debido a que el encuentro con otros bordea el vacío y en muchas ocasiones permite reafirmar la posición de un sujeto de deseo.

Aunque el fin de la vida sea una realidad innegable que se refleja en los hitos trabajados en este ensayo, el deseo nunca deja de ser el motor que permite habitar el sin sentido y transforma la finitud en una apuesta por habitar el cuerpo, los vínculos y las significaciones que nos atraviesan.

Desde la praxis de la salud mental, reivindicamos una escucha que reconozca la singularidad de cada envejecimiento y que fomente tramas vinculares sólidas. Solo a través de la presencia de un Otro que aloje y desee, el sujeto podrá sostenerse como deseante frente al desenlace inevitable de la existencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Amico, L. C. (2009). Envejecer en el siglo XXI: No siempre querer es poder. Hacia la de-construcción de mitos y la superación de estereotipos en torno a los adultos mayores en sociedad. *Margen: revista de trabajo social y ciencias sociales,* (55), 1-30. https://margen.org/suscri/margen55/amico.pdf

Aranibar, P. (2001). *Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor en América Latina.* Cepal Eclac.

Baró, S., Nadal, M. Z. y Gomez Gonzalez, R. (2025, noviembre). *Subjetividades vinculares, más allá del amor romántico. Relatos de una nueva adultez* [Ponencia]. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, Buenos Aires, Argentina.

Celdrán, M. y Martinez, R. (2020) La soledad en personas mayores: cómo hacerle frente desde su complejidad. *Barcelona Societat. Revista de investigación y análisis social,* (23), 35-52. https://arabaapunto.eus/wp-content/uploads/2021/03/10_en_profundidad_celdran_bcn25_es.pdf

Delgado Losada, M. L. y Alonso Gonzalez, D. (2016). *Atención a la soledad no deseada de las personas mayores* (Estudio n°6). Fundación Pilares para la Autonomía Personal.https://soledadnodeseada.es/wp-content/uploads/2021/11/Estudio-atencion-soledad-no-deseada-personas-mayores.pdf

Fernández Durán, E. M. y Urriolagoitia, G. (2019). La función del deseo en la primera enseñanza de lacan para el psicoanálisis de orientación lacaniana. *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBSP, 17*(2), 387-423. http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2077-21612019000200008&lng=es&tlng=es

Iacub, R. y Sabatini, B. (s.f). *Psicología de la mediana edad y vejez.* [Módulo de formación]. Universidad Nacional de Mar del Plata; Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

Iacub, R. (24 de septiembre de 2023). La revolución cultural de la generacion plateada. *Clarín.*https://www.clarin.com/opinion/revolucion-cultural-generacion-plateada_0_LcRPRPJe9f.html

Iacub, R. (2024). *Narrar el envejecimiento desde la identidad*. Portal Ediciones.

Lacan, J. (2006). *El Seminario: Libro 10. La angustia.* Paidós. (Seminario dictado en los años 1962/63).

Lacan, J. (2009). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos II* (pp. 755-788). Siglo XXI. (Obra original publicada en 1960).

Lopez Cantos, F. (2016). Envejecimiento, ciencia y publicidad de cosméticos. La eternidad en una gota de crema. *Vivat Academia,* (135), 41-56.· http://dx.doi.org/10.15178/va.2016.135.41-56

López, R. (s.f.). *Sobre la pertinencia del psicoanálisis en la vejez*. Nucep. https://nucep.com/publicaciones/sobre-la-pertinencia-del-psicoanalisis-en-la-vejez/

Montes de Oca Zavala, V. (2011). Viudez, soledad y sexualidad en la vejez: mecanismos de afrontamiento y superación. *Revista Temática Kairós Gerontología, 14*(5), 73-107. https://revistas.pucsp.br/kairos/article/view/9900

Olmo Andreu, M. (2011). La vivencia de futuro en la vejez. *Temas de Psicoanálisis* (1). *https://www.temasdepsicoanalisis.org/wp-content/uploads/2010/12/la-vivencia-de-futuro.pdf*

Robledo Marin, C. A. y Orejuela Gomez, J. J. (2020). Teorías de la sociología del envejecimiento y la vejez. *Revista Guillermo de Ockham, 18*(1), 95-102. https://www.redalyc.org/journal/1053/105368880009/html/

Suaya, D. (2015). El cuerpo de la vejez desde una perspectiva de género: Aproximaciones desde *La vejez* de Simone de Beauvoir. *Cadernos CEDES, 35*(97), 617-627. http://dx.doi.org/10.1590/CC0101-32622015150382

Zarebski, G. (2013). Perspectiva psicogerontológica para una vejez en movimiento. *Tiempo: El portal de la psicogerontología,* (30) https://psicomundo.com/tiempo/tiempo30/zarebski.htm

Zarebski, G. (2021). *La Organización Mundial de la Salud (OMS): Del envejecimiento saludable a la vejez como enfermedad. Desafíos para la Gerontología.* Fundación SIDOM. https://www.fundacionsidom.org/index.php/investigacion/ver_investigacion/39